

de Alejandría mucho tiempo y con tan gran lucimiento, que le llamaban Orígenes el jóven; y en fin, San Anatolio, también alejandrino, que luego fué obispo de Laodicea en 269. Este habia adquirido una extraordinaria reputacion por sus vastos conocimientos, así en las ciencias profanas como en la de la religion. Tenemos de él un cánon pascual, donde demuestra que no debe celebrarse la Pascua hasta despues del equinoccio de primavera, fijándole en 22 de Marzo.

Haciéndose aborrecible á los soldados el emperador Probo por su rigor en la disciplina, fué muerto en Iliria en el año 282. Sucedióle Caro, prefecto del pretorio, que al momento dió el título de César á sus dos hijos, Carino y Numeriano. Despues de vencer á los sármatas en la Pannonia, marchó al Oriente contra los persas, y logró muchas ventajas. Pero en medio de sus triunfos le mató un rayo en 284. Numeriano, su hijo, quedó casi ciego á fuerza de llorar, y le asesinó á pocos meses su suegro Afer. Proclamó el ejército á Cayo Aurelio Valerio Diocles, que tomó el nombre de Diocleciano, y principió su reinado en 17 de Setiembre de 284. Carino se dispuso á combatirle; pero al año siguiente le mataron sus soldados, y quedó Diocleciano pacífico dueño del imperio que dividió con su hijo Maximiano, ya declarado César. Fué conocido el reinado de estos dos emperadores por los edictos sanguinarios y crueldades inauditas contra los cristianos, cuya tranquilidad nadie habia alterado desde Aureliano, salvo algunas persecuciones locales y particulares. Introdujo Diocleciano una era nueva, mandando que en adelante se contasen los años desde el primero de su reinado. Este modo de contar fué usado doscientos y cuarenta años, es decir, hasta que fué sustituido en el reinado de Justiniano con la era de la Encarnacion de nuestro Señor Jesucristo. La de Diocleciano fué llamada por los cristianos era de los mártires.

Murió el Papa San Eutiquiano á 7 de Diciembre de 283, despues de ocupar la Santa Sede cerca de 9 años. Tuvo por sucesor á San Cayo, originario de Dalmacia, y segun dicen, pariente del emperador Diocleciano. Atribuyese á este Papa un reglamento en que se mandó que los clérigos no fuesen elevados al sacerdocio ni al episcopado, sin haber pasado por las inferiores órdenes; lo que antiguamente no se habia observado, como se ha podido advertir por algunos ejemplares referidos en esta historia. Alcanzó Cayo la corona del martirio, despues de haber gobernado la Iglesia mas de doce años, y en medio de circunstancias muy calamitosas. Por lo demás sabemos muy pocos pormenores de las vidas de estos dos Papas.

LIBRO VI.

DESDE EL ADVENIMIENTO DE DIOCLECIANO AL IMPERIO, HASTA LA CONVERSION DE CONSTANTINO.

NACIDO en Dalmacia Diocleciano de una oscura familia, reunia las virtudes de un gran príncipe á los vicios de un tirano. Capitan hábil, político profundo, dotado de un ingenio vivo y capaz, dueño siempre de sus acciones é impenetrable en sus designios, fué á un tiempo cruel, avaro, desconfiado y de una insoportable vanidad. Arruinó con impuestos á los pueblos: quiso que lo adoraran como dios; derramó torrentes de sangre con sus edictos contra los cristianos; y disimulando con destreza las pasiones que impelían sus acciones, tuvo siempre el arte de cubrir sus injusticias y crueldades con la apariencia del bien público, ó achacar todo lo odioso á sus colegas y ministros.

A los dos meses de su advenimiento al imperio, Diocleciano confirió el título de César á Maximiano Hércules, soldado de fortuna, indigno de este honor, tanto por la innoble grosería de sus costumbres, como por la rudeza y ferocidad de su carácter. Era horriblemente desenfrenado, de una violencia y crueldad brutales: se entregaba sin miramiento al furor de sus pasiones, y no cuidaba siquiera de ocultar sus defectos. Pero era ciegamente adicto á Diocleciano, y éste hallaba en él un instrumento dócil cuando queria emplearle en un atroz castigo, sin que se trasluciese por dónde venia el golpe. Esta adhesion mereció prontamente á Maximiano el título de Augusto con que fué saludado en la primavera de 286. Veinte años reinaron juntos los dos emperadores sin que en nada se alterase su conformidad.

Como el imperio estaba expuesto sin cesar á guerras civiles ó extrangeras, no le pareció suficiente á Diocleciano la asociacion de un colega para asegurar su permanente dominacion, y añadió otros dos en el año 292 con título de Césares; á saber, Galerio y Constancio Cloro. Maximiano adoptó á este, á quien hizo casar con Teodora, su nuera, despues de obligarle á repudiár á su muger Helena, en la que habia tenido ya á Constantino, que llegó á ser emperador. Diocleciano adoptó á Galerio, le puso el nombre de Maximiano, y le casó con su hija Valeria. Constancio procedia de distinguida familia, y se habia hecho célebre por sus felices expediciones contra los sármatas, á quienes logró arrojar de las provincias del Asia. No se halla en la historia de su vida ningun vicio considerable; antes se conserva la memoria de su bondad, de su modestia y de su desinterés. Al contrario Galerio, bárbaro de origen, no le desmintió nunca. Sus formas atléticas, su instinto san-

guinario, sus ademanes, su voz, su mirada feroz, le hacian terrible para todos, incluso el mismo Diocleciano. Repartiéronse las provincias estos cuatro príncipes, reservándose Diocleciano el Oriente; á Galerio se le dieron la Iliria y la Grecia; á Maximiano la Italia y el Africa, y á Constancio las Galias, la Gran Bretaña y todo lo que poseian los romanos á la parte acá de los Alpes.

Durante los diez y ocho primeros años de su reinado, no dió Diocleciano ley alguna contra los cristianos, y aun les manifestaba alguna consideracion al principio, contándose muchos entre los primeros oficiales de su palacio, entre otros Doroteo, que era uno de sus favoritos. No por eso dejó de haber bastantes mártires en este periodo, unos sacrificados por varios gobernadores de provincia, otros por órdenes de Maximiano Hércules, que empleó sobre todo su crueldad en las Galias, muchos por Galerio, y algunos por el mismo Diocleciano, porque no conservó en todo este tiempo las favorables disposiciones que mostró al principio; y no faltan razones para creer que la benevolencia de que habla Eusebio, no se manifestó hasta que este emperador estableció su residencia en Oriente, donde la política le inclinó á contemplar á los cristianos que eran allí mucho mas en número que en Occidente.

Conviene citar entre tantos como valerosamente confesaron su fé en las persecuciones particulares, á Claudio, Asterio, Neon y á las Santas Domnina y Theonila, que padecieron en Egea de Cilicia, bajo el próconsul Lysias. Los tres primeros eran hermanos, y en la flor de su edad fueron condenados al suplicio de la cruz despues de haber sufrido terribles tormentos. A Claudio le cortaron en tiras las plantas de los pies, y luego le arrancaron las carnes con garfos de hierro, y le quemaron las llagas con hachas ardiendo. A Asterio le apretaron fuertemente los costados y los pies, y en seguida le desgarraron el cuerpo y le quemaron en ascuas. Casi los mismos tormentos sufrió Neon. Domnina espiró cuando la estaban azotando con varas: Theonila fué pistoteada, atofeteada y colgada de los cabellos: despues la rayeron y la despojaron de sus vestiduras, y la golpearon con tanta violencia, que en el momento en que iban, segun las órdenes de Lysias, á clavarla con cuatro estacas y á echarle ascuas sobre el cuerpo, repararon los verdugos que estaban atormentando á un cadáver. El suplicio de estos mártires ocurrió el 23 de Agosto de 285.

A la misma época se refiere la muerte de San Cosme y San Damian, que igualmente la sufrieron en Egea y en el próconsulado de Lysias. Eran hermanos y médicos de profesion: se apuró contra ellos toda clase de suplicios. La fama de su martirio y los muchos prodigios obrados por su intercesion, los han hecho célebres en toda la cristiandad; y en el Occidente se determinó insertar sus nombres en el cánon de la misa.

Maximiano Hércules, encargado principalmente de la defensa de

las provincias occidentales, hizo larga mansion en las Galias, á donde fué enviado en 286 para combatir á unas facciones. En este mismo año se pone comunmente el martirio de la legion tebana, aunque haya quizá muchos motivos para ponerla en el de 296. Dicha legion, compuesta toda de cristianos, llegó á Oriente para reclutar el ejército de Maximiano, que pasando de Italia á las Galias, se detuvo algun tiempo en Octoduro, al pié de los Alpes, á fin de descansar de sus fatigas: situóse la legion en una villa próxima llamada Agauna. Durante este descanso, quiso Maximiano obligarla á ejercer la idolatria, y como se negase á obedecer, la mandó diezmar, es decir, de cada diez soldados, sacar por suerte uno que habia de morir. No por eso variaron los sentimientos de la legion diezmada: todos los soldados protestaron su firme resolucion de morir antes que renunciar á su religion. Redoblóse el furor del tirano y volvió á diezmarlos segunda vez, sin que por esto se debilitase el heroico valor de los soldados. En tal conflicto, Mauricio, Exuperio y Cándido, oficiales superiores, cuyas exhortaciones habian contribuido poderosamente á sostener á sus hermanos en esta prueba terrible, escribieron una representacion á nombre de la legion, y la entregaron al emperador. "Nosotros, decian, somos tus soldados; pero tambien somos siervos de Dios. Nuestros brazos están á tus órdenes para la guerra: pero nuestras almas son para practicar la virtud segun los mandamientos de Dios. Antes de jurar fidelidad al emperador, habiamos prestado juramento á Dios: si quebrantamos este primer empeño, ejecutando tus órdenes en esta materia, ¿cómo puedes fiarte en el segundo? No creas que lloramos á nuestros hermanos que ya no existen: han padecido por Dios, y nos alegramos de que hayan merecido esta honra. En nuestros corazones no tiene entrada ningun pensamiento de rebelion: no tratamos de servirlos de las armas que tenemos para resistirlos; pero no haremos traicion á nuestra conciencia para obedecer tus órdenes, referentes al culto divino: mas queremos morir inocentes que vivir culpados." Conoció Maximiano, que era inalterable esta sublime resolucion, y tomó el partido de acabar con la legion entera. Hizo la rodear de sus tropas, y dió la órden de pasar á cuchillo hasta el último hombre. Estos valerosos soldados no hicieron la menor resistencia: animados con las palabras y ejemplo de sus gefes, se los vió deponer las armas y presentar el cuello á los verdugos de Maximiano.

Dos mártires que se dice correspondian á la misma legion, Urso y Victor, sufrieron igual suerte en Soleure, (Suiza). Un inválido que tenia el propio nombre de Victor, y que no pertenecía á ella, tambien mereció participar la suerte de un cuerpo tan ilustre. Los soldados de Maximiano le asesinaron porque protestó que era cristiano, y rehusó en calidad de tal, tomar parte en los regocijos que se hicieron en consecuencia de esta horrible canicería. Cuenta

Gregorio Turonense en el número de los mártires pertenecientes á la legión tebana, á cincuenta soldados que fueron degollados junto á Colonia con San Gereon, su comandante. Atribúyese esta atronidad á Ricto Varo, gobernador de la Galia-Bélgica, y principal ministro de las crueldades de Maximiano contra los cristianos.

Citemos solo algunos de los innumerables mártires que padecieron en esta parte de las Galias en los primeros años de este emperador, enseñándonos á los mas célebres: San Quintin, apóstol del Vermandois, á quien cortaron la cabeza despues de hacerle padecer por muchos dias horribles suplicios: San Crispin y Crispiniano, que atormentados largamente, fueron decapitados tambien en Soissons, donde habian convertido á muchos paganos por medio de la predicacion, aunque ejercian el humilde oficio de zapateros: San Fermín, obispo de Amiens, á quien decapitaron secretamente en la cárcel, temerosos del pueblo que le estimaba infinito: en la misma ciudad los Santos Fusciano y Victorico, con San Genciano que era viejo y pagano; pero que los ocultó en su casa durante la persecucion, y obtuvo la corona del martirio en recompensa de su caridad: San Luciano, apóstol de Beauvais, con los Santos Máximo, presbítero, y Julian, diácono, sus discípulos: San Piaton, primer obispo de Tournay; y finalmente Santa Macra, virgen, martirizada en Pímes, diócesis de Reims. En la Aquitania se ilustró la Iglesia de Agen con el martirio de Santa Fé, virgen, jóven y cristiana, de familia tan distinguida por su piedad como por su nobleza. Sabiendo que habia orden de prenderla, ella misma se fué á presentar; y hallándola el juez firme y sorda á las amenazas y á las promesas, mandó que la extendiesen en unas parrillas de hierro para irla quemando: sufrió este suplicio con un valor extraordinario, y en seguida le cortaron la cabeza. Tanta impresion hizo el ejemplo de su constancia en los asistentes, que se convirtieron muchos y sufrieron igualmente el martirio. San Caprasio, que al principio se habia escondido, fué á presentarse para imitar el valor de aquella santa, y adquirió la misma corona: fué decapitado despues de atormentado atrocemente.

No es menos célebre el martirio de San Victor, ocurrido en Marsella. Era oficial en el ejército romano, y como la persecucion crecia con violencia, manifestaba su celo por la religion, visitando á los fieles por la noche para animarlos á que perseverasen en la fé. Cogieronle, en estos ejercicios piadosos, y presentado á los prefectos, que en vano intentaron seducirle, le remitieron al tribunal imperial. El emperador le mandó atar fuertemente y arrastrarle por la ciudad para exponerle al furor de la plebe; y todo ensangrentado le volvieron á presentar á los prefectos. Continuó protestando su desprecio á los ídolos, y fué condenado á sufrir mas tormentos: durante ellos se le apareció Jesucristo y le confortó. Cuando se cansaron de atormentarle en vano, le encerraron en un lóbrego calabozo.

zo. A media noche se esparció por él una brillante luz, abrieron-se las puertas por sí solas, y tres soldados, testigos de este prodigio, pidieron el bautismo: sus nombres eran Alejandro, Longino y Feliciano. Habiéndose publicado su conversion al dia siguiente, los hizo acudir Maximiano á la plaza, y preguntados por su fé, permanecieron firmes en su confesion y reconocimiento á Jesucristo; por lo cual se les cortó la cabeza. En cuanto á Victor, despues que le hicieron padecer el tormento del potro, le encerraron muchos dias mas en el calabozo, y luego le llevaron junto á un altar de Júpiter para obligarlo á su adoracion: el generoso confesor, inspirado sin duda interiormente, en lugar de incensar el altar, le derribó con el pié. Irritado el emperador, mandó que le cortasen la pierna y le pusiesen bajo una piedra de molino para molelerle los huesos. Rompióse la máquina, y tuvieron que decapitarle. Arrojado su cuerpo á la mar, las mismas olas le echaron en la playa, y le sepultaron los cristianos.

Por esta misma época, segun algunos autores, sucedió el martirio de San Ferreolo, tribuno militar, decapitado en Viena, en la Galia, y el de San Julian, soldado del mismo, que sufrió igual género de muerte en Brioude; el de San Denes, jóven catecúmeno, que ejerciendo en Arlés el destino de notario, no quiso escribir una orden para perseguir á los cristianos, arrojó sus tabletillas, huyó y se ocultó algun tiempo; pero fué hallado y pagó con la cabeza: últimamente, el de San Donaciano y San Rogaciano, hermanos ilustres por su nacimiento, que sufrieron la muerte por la fé en la ciudad de Nantes. Donaciano, el mas jóven, se convirtió primero, y contribuyó mucho con sus discursos y ejemplares virtudes á la conversion de su hermano, que aun no habia recibido el bautismo cuando ambos fueron presos. Empleó el gobernador las promesas y las amenazas para inclinarlos á que sacrificasen en honor de los ídolos: luego los mandó encarcelar con grillos, y despues de haberlos hecho atormentar en el potro, no pudiéndolos vencer en su constancia, los mandó decapitar.

En la Gran-Bretaña se dejó sentir tambien la persecucion, aunque hasta entonces la Iglesia habia gozado de paz. Se vieron los cristianos forzados á dispersarse por las selvas, por los desiertos y por las cuevas, para libertarse del furor de los gentiles. Mas de mil fueron condenados á muerte despues de sufrir desusados tormentos. Fué muy célebre entre ellos San Albano, que siendo aun pagano, recibió y ocultó en su casa á un sacerdote perseguido por los tiranos. El se convirtió inmediatamente y se entregó á sí mismo por libertar á su refugiado, próximo á caer en manos de los soldados que le buscaban. Presentado al gobernador, y no queriendo adorar á los ídolos, fué desgarrado á azotes y condenado á perder la cabeza, como se verificó.

Creese que el Papa San Cayo fué una de las víctimas de la cruel-

dad de Maximiano. Murió el 21 de Abril de 296, después de doce años y cuatro meses de pontificado, y le sucedió San Marcelino, que gobernó la Iglesia ocho años y tres meses (1).

Diocleciano y Galerio hicieron por esta época patente aquel odio que en adelante había de atraer una persecución general contra el cristianismo. Hallábanse ambos en Oriente; el primero para someter el Egipto sublevado, y el segundo para pelear con los persas. Consultando las entrañas de las víctimas, el jefe de los arúspides declaró que por la impiedad de los cristianos se hallaban desairados los sacrificios, y los dioses no querían hacerse propicios y revelar su voluntad para el porvenir por los medios ordinarios. En consecuencia mandó Diocleciano que todos los cristianos empleados en su palacio sacrificasen ante los ídolos, y se despidiera de su servicio á todos los soldados que perseverasen en la fé de aquellos. Galerio ejecutó la orden con extremo rigor. Despidió á los cristianos que servían en palacio ó en el ejército, los ultrajó y empleó la violencia para obligarlos á renegar y á que abrazasen la idolatría, y aun hizo perecer á muchos en los tormentos. Poco después, en 298, Vetturio, maestro de campo, escribió á los generales para prescribirles nuevas medidas de rigor con los soldados que no consintiesen en adorar á los ídolos.

A consecuencia de estas órdenes los cristianos repugnaban entrar en el servicio militar, y otros sufrieron el martirio al determinarse á dejarle por no obedecer mandatos que gravaban sus conciencias. San Marcelo, centurión en la legión trajana, no quiso asistir á los sacrificios que se hacían en honor de los emperadores, y arrojó el tahalí y las armas delante de los estandartes, diciendo á voces: "Yo soy soldado de Jesucristo, y no puedo adorar á vuestros dioses de piedra y de madera, ni á todos esos ídolos mudos. Si la suerte de los militares consiste en estar obligados á sacrificar á los dioses y á los emperadores, renuncio al servicio." Presentároule al jefe de la legión, que le mandó arrestar y que se le enviase al tribunal de Agricolao, teniente del prefecto del pretorio en Africa, con una carta en que se le decía que Marcelo había arrojado sus insignias militares, declarando que era cristiano y pronunciando en público y en alta voz blasfemias contra los dioses. Después de un corto interrogatorio, mandó Agricolao que le cortaran la cabeza. No prestándose el notario Casiano á escribir esta sentencia, y habiendo arrojado las tabletillas, al instante fué condenado á muerte: ambos la sufrieron en Tanger (Mauritania) año 298. Dos años antes San

(1) Aquí debemos poner el principio de la secta de los hieracitas, especie de gnósticos, así llamados del nombre de su jefe Hierax, que dogmatizaba en Egipto hacia el año 290 ó poco después. Condenaba el matrimonio, negaba la resurrección de la carne, y sostenía que los niños muertos antes del uso de la razón no entraban en el cielo; y en fin, que Melquisedech era el Espíritu Santo.

Maximiliano había sido martirizado asimismo en Africa por no haberse querido alistar, declarando que su cualidad de cristiano no le permitía tomar las armas, es decir, abrazar una carrera que según los edictos de los emperadores, podía tenerse como una profesión pública de idolatría. Ultimamente, puede colocarse en la misma época el martirio de cuarenta soldados cristianos, que después de atormentados cruelmente, fueron condenados á muerte en una ciudad de la Norica, próxima á la confluencia del Ems y del Danubio.

Como crecían las conversiones al cristianismo, á pesar de la violencia de las persecuciones locales que cada día se sufrían, los paganos celosos, y especialmente los Pontífices idólatras, pusieron por obra todos los medios para inducir á Diocleciano á que dispusiera una persecución general. Aprovechando su crédula superstición, hicieron que los oráculos hablasen para sobresaltar su política, persuadiéndole que se comprometería la salvación del imperio, si se llevaba adelante el descuido que observaban en el culto de los dioses: y de este modo le decidieron á dar las órdenes que dejamos referidas con respecto á los empleados y criados de su palacio. Pero como los resultados no correspondieron á las esperanzas que hicieron concebir tales medidas, se valieron de la influencia del César Galerio, muy inclinado ya á las persecuciones, y continuamente estimulado por las instancias de su madre, muger tan supersticiosa como ignorante. Envenecido este príncipe por algunas ventajas que había obtenido sobre los persas, tenía la presunción de pasar por hijo de Marte; y de aquí podrán inferirse sus disposiciones respecto de los cristianos. En la mansión que hizo en Nicomedia hacia el fin del año 302, no cesó de excitar contra ellos el odio de Diocleciano. Resistióse éste mucho tiempo á sus deseos; pero luego, fingiendo que cedía á los consejos de sus conserjeros y al oráculo de Apolo, consintió en ordenar la persecución.

Se escogió para principiarla el 23 de Febrero del año 303, día en que se celebraba la fiesta del dios Término, como si éste debiera señalar la ruina del cristianismo. Penetraron por la mañana temprano en la Iglesia de Nicomedia, y después de haber robado y quemado las Santas Escrituras que allí se hallaban, se presentó una porción de soldados para arrasarla. Al día siguiente se fijó un edicto mandando que todas las iglesias se arruinasen y las Santas Escrituras se redujesen á cenizas: que los cristianos libres se declarasen infames, privados de todo empleo y dignidad, y de acción en justicia; y que los libertos volviesen al estado de esclavitud. Para determinar á Diocleciano á medidas aun mas vigorosas, hizo Galerio que prendiesen fuego al palacio de Nicomedia, achacando el crimen á los cristianos: un gran número de ellos fueron cruelmente atormentados. Quince días después se repitió el incendio, y fingió que se ausentaba de aquella ciudad para que no le quemasen vivo. Apoderóse de Diocleciano un espantoso furor: obligó á su muger é hija á que sacrifi-

casen en honor de los ídolos: mandó matar con increíbles tormentos á los empleados de su casa, que no quisieron apostatar; siendo notables entre ellos Doroteo, Gorgonio, Migdonio, Pedro y otros muchos que ocupaban los primeros destinos. Al obispo Antimio le cortaron la cabeza, y perecieron con diferentes suplicios los presbíteros, diáconos y cuantos ministros del altar pudieron ser descubiertos. Prendieron tal multitud de fieles, que los conducían en tropel y los encerraban en leñeras á que al momento aplicaban fuego. Echaban á los esclavos en la mar con peñas atadas al cuello. Los que no eran muertos en el acto de la prision, eran encarcelados y quedaban sujetos á todos los tormentos que podían imaginar para obligarlos á la apostasía.

Otro nuevo pretexto presentó un levantamiento que ocurrió en Oriente, y que se imputó también á los cristianos, para publicar un nuevo edicto, mandando que todos los obispos, sacerdotes y demas ministros fuesen puestos en la cárcel; y por otro tercero se dispuso que se atormentase con todo género de suplicios á los que no se presentasen á sacrificar. Ultimamente, en el siguiente año, otro edicto extendió esta disposición á todos los fieles, y ordenaba á los gobernadores que empleasen todos los medios rigurosos que les ocurrieran para obligar á todo el mundo á sacrificar en honor de los ídolos. Viéronse entonces innumerables obispos, sacerdotes, ministros inferiores y cristianos de todos estados, edades y condicion, amontonados en las cárceles, luego atormentados de mil maneras, desgarrados ó azotados, ó con garfios de hierro, quemados á fuego lento, descuartizados, ahogados, crucificados, echados á las fieras y víctimas de inauditas crueldades. Todo el imperio romano desde Oriente á Occidente, fué el blanco del furor de tres monstruos que se bafaban en la sangre de los cristianos, y se encarnizaban como leones para destruir la Iglesia, ó por sus mismas manos ó por sus dependientes. En diferentes parages, ó acaso en todos, produjo la persecucion cierto número de apóstatas; pero apenas era reparable á vista de los brillantes triunfos del infinito número de mártires, que mostraron un invencible valor en medio de asombrosas crueldades, y que parecia que buscaban hasta con anhelo las ocasiones de padecer en tan gloriosos combates. Segun un antiguo autor, podia decirse que la Iglesia se apresuraba á dejar la tierra para volar al cielo.

Imposible sería exponer por menor todas las clases de suplicios que la ferocidad de los tiranos inventó para atormentar á los cristianos. Galerio, sobre todo, cuya rabia no encontraba freno, cometió con ellos todos los excesos de la mas refinada barbarie. Despues de haberlos atado á unos postes, hacia que los rodeasen con áscuas para que á fuego lento se les quemasen las plantas de los pies hasta que la carne saltara de los huesos: luego les aplicaban á todas las llagas mechas medio encendidas; y durante este horrible suplicio

les echaban agua fria por la cabeza abajo, para que padeciesen mas tiempo. A veces empleaban un dia entero para asarlos así á fuego lento; y cuando ya estaban próximos á espirar, los llevaban á una grande hoguera, donde convertían en ceniza hasta los huesos, para arrojarlos despues á la mar ó á los rios. Algunos cristianos fueron libertados de la persecucion en Egipto por los mismos gentiles; pero otros muchos de toda condicion perecieron con cruellísimos tormentos, hombres, mugeres y niños, despues de sufrir todas las brutalidades de la plebe y la furia de los verdugos. Iban éstos á porfía para azotarlos con varas ó correas y para apalearlos. Para estirarles los miembros se valían de máquinas, y luego les desgarraban con garfios de hierro no solamente los costados, como á los homicidas, sino el vientre, las piernas y la cara. Unas veces los dejaban colgados de una mano, para que el peso del cuerpo dislocase las coyunturas: otras les comprimian con fuertes ligaduras para que se les metiesen en las carnes; y cuando estos generosos confesores iban á espirar, los echaban á un muladar. A otros les cortaron las narices, las orejas, las manos y todos los miembros: dejaron á algunos que muriesen de hambre, y todos sufrían con resignacion y alegría la duracion y la violencia de estos tormentos sin dejarse vencer.

Entre los muchos mártires de Alejandría citaremos á San Filoromo, magistrado de la misma ciudad, y á San Fileas, obispo de Thmuís, ambos distinguidos por su nacimiento, saber y reputacion. El segundo habia pasado por todos los cargos honoríficos de su provincia, y poseía muchos bienes consagrados enteramente al alivio de los pobres. Despues que estuvo preso algun tiempo, le llevaron al tribunal del gobernador, que le estrechó cuanto pudo para que sacrificase á los ídolos; decíale: "He podido juzgarte en tu pueblo; pero he querido salvar tu honor: aun quisiera mas, y es perdonarte en consideracion á tu hermano, á tu muger y á tus hijos. No olvides lo que me debes, y no te entregues á la muerte sin motivo." Pero el santo mártir, sobreponiéndose á las mas tiernas afecciones de la naturaleza, permaneció constante en su fé. "Antes que todo, digo, debo obedecer á mi conciencia y preferir á Dios antes que á mi familia: no muero sin objeto; pues moriré por la verdad y por el nombre de Jesucristo. A la herencia de su gloria me ha llamado, y descanso en su providencia que cuidará de los que amo y quedan en el mundo." Todos los que se hallaban presentes se echaron á sus piés: parientes, amigos, magistrados y el mismo gobernador, le suplicaron que no se perdiere por su obstinacion; pero sus instancias fueron inútiles. Filoromo que estaba presente, exclamó diciendo: "¿Por qué pretendéis que sea infiel á Dios? ¿Creeis acaso que no os mira, ni os oye, y está absorto enteramente en la gloria celestial?" Todos los asistentes se enfurecieron contra Filoromo por las palabras que dijo, y pidieron que le condenasen con Fileas. Así fué, y mandó el juez que les cortaran la cabeza á entrambos.

En la Tebaida hacían morir á los mártires, desgarrándoles el cuerpo con cascós de ollas, clarándoselos en la carne por las puntas. A otros les ataban las piernas cada una á un árbol, forzando á estos á que se juntasen por medio de máquinas, y soltándolos luego para que volvieran á su natural rectitud, desmembraban el cuerpo del mártir ó le rompían por medio con la mayor violencia. Levantaban al aire las mugeres desnudas y atadas por un pié á una viga; de modo que permanecían colgadas cabeza abajo, ofreciendo un espectáculo tan vergonzoso como inhumano. Estas crueldades duraron muchos años. Quitábase la vida á veinte, treinta y sesenta personas al día, y llegaron también á ciento, sin reparar en sus personales circunstancias. Eusebio refiere que hallándose presente por entonces, pudo observar que en un día fueron tantos los martirizados con el hierro ó con el fuego, que fatigados los verdugos se veían precisados á remudarse unos á otros. Añade, que al punto que el juez pronunciaba la sentencia contra unos cristianos, se llenaba el tribunal con otros tantos que venían á confesar su creencia; y que recibiendo con alegría la noticia de su condenación, marchaban al suplicio de buena voluntad y cantando acciones de gracias al Todopoderoso.

En todas partes, prosigue el historiador, los jueces procuraban rivalizar en invenciones de nuevos suplicios, como si fueran á ganar algún premio por ello. En Mesopotamia fueron muchos mártires colgados por los piés, y tenían debajo de la cabeza un poco de lumbré para que los quemase lentamente ó los ahogase con el humo. En Capadocia, para prolongar su padecer, les rompían los miembros, y así los dejaban hasta que muriesen. En el Ponto les metían entre las uñas y la carne aguzadas cañas: echábanles plomo derretido en las espaldas, y les daban otros tormentos tan infames, que no se pueden explicar por decencia. En Frigia hubo un pueblo en que todos los magistrados y habitantes eran cristianos y ninguno quería adorar á los ídolos; fué, pues, rodeado con soldados, que pusieron fuego y quemaron el pueblo y á los habitantes que encerraba. En Tiro (Fenicia) muchos cristianos, cuando ya tuvieron sus cuerpos abatidos y exámenes á fuerza de azotes, fueron arrojados á los leopards, osos y jabalíes, á quienes se procuraba irritar con toda clase de estímulos. Pero estas fieras, corriendo con horrosos bramidos sobre los santos, á veces se detenían á su presencia y se volvían contra los gentiles: entre otros ejemplares se vió á un jóven de veinte años que se mantuvo en pié mucho tiempo extendidos los brazos en forma de cruz, y rezando tranquilamente en medio de aquellas, que se agitaban sin cesar en torno de él sin tocarle. Tu vieron que retirarle con sus compañeros, sin que las fieras les hubiesen hecho daño alguno, y luego les cortaron la cabeza y los arrojaron á la mar.

Distínguese entre los mártires que padecieron en Siria, á San Ro-

man, que se singularizó por la generosidad de su fé y su heroico valor. Era diácono en Cesarea (Palestina) y se hallaba en Antioquia al principio de la persecucion, cuando se derribaban las iglesias. Advertiendo el santo que entraban muchas personas en los templos ó se acercaban á las estatuas de los dioses para ofrecer sacrificios, inflamado de un santo celo, se adelantó y los reprendió por su cobarde locura. El prefecto del pretorio dispuso al punto su prision, y que le atormentasen cruelmente. Roman, azotado con correas que tenían en el cabo bolas de plomo, desceyuntado despues en el potro, y desgarrado hasta los huesos, no cesaba de predicar la excelencia del cristianismo, añadiendo que bastaba para convencerse de ella apelar al juicio inocente de un niño. Tomaron en efecto uno de siete años que estaba entre los concurrentes, se llamaba Barulas, y preguntándole el santo, contestó que no habia mas que un Dios. Mandó el juez acercarse á la madre del niño, y en su presencia le hizo azotar hasta saltar la sangre; pero como este generoso niño proseguia confesando á Jesucristo, dispuso que le cortaran la cabeza. Roman fué condenado á la hoguera. Mientras la preparaban, los judíos que se hallaban de espectadores, decían: "Nuestro dios salvaba á los niños del horno, pero Jesucristo no puede salvar á sus adoradores." En el mismo momento se cubrió el cielo de nubes, y cayó una lluvia mezclada de granizo con tanta violencia, que se apagó la hoguera que estaba ya ardiendo. Desataron á Roman, y el juez mandó que le cortaran la lengua hasta la raíz y le restituyeran á la cárcel. No por eso dejaba de predicar el santo confesor, y aun mas clara y distintamente que antes; de modo que reeclando el tirano que no le hubiesen obedecido, amenazó al médico comisionado para esta incision; pero este le presentó la lengua enteramente cortada, y declaró ademas que esta ocurrencia era sobrenatural, y aun la supervivencia del mártir. Hicieron la prueba cortando á un reo la lengua hasta la raíz, y el operado falleció al momento. Permaneció mucho tiempo en la cárcel San Roman, y en ella le degollaron.

En Palestina cogian á la fuerza las manos á los cristianos para que echasen incienso en el fuego delante de los ídolos, con intento de justificar su triunfo. Es verdad que algunos apostataron; pero la mayor parte mostraron en los tormentos una firmeza inalterable, y la pagaron con sus cabezas. El primero de estos fué Procopio, lector y exorcista de la Iglesia de Scitopolis, que desde su juventud se habia ejercitado en la práctica de todas las virtudes, y se distinguía sobre todo, en la austeridad de su vida. Martirizaronle en Cesarea donde perecieron tambien Alfeo y Zaqueo, despues de padecer diversos tormentos. San Timoteo fué quemado en Gaza á fuego lento; Tecla y Agapio fueron arrojados á las fieras; otros muchos decapitados.

Ostentó tanta crueldad el gobernador de Galacia contra los cris-

tianos, que casi todos, abandonando sus casas y bienes, se dispersaron por las montañas y desiertos, donde perecieron muchos de miseria. Sobre todo, en Ancyra, capital de esta provincia, hubo un célebre mártir llamado Teodoro. Estaba casado y ejercía el oficio de mesonero. Ocupábase en buenas obras, ayunaba sin cesar, procuraba la conversión de los pecadores, socorría á los pobres y á los enfermos, y á todos los afligidos consolaba. Tenia ademas el don de milagros, y curaba á los dolientes por sus oraciones y por la imposición de las manos. En la persecucion asistía á los confesores que estaban presos, y cuidaba de enterrar á los difuntos mártires, aunque estaba prohibido con pena de la vida. El daba tambien el pan y el vino para el santo sacrificio, alojaba á los fieles que no tenían albergue, y su casa servia para iglesia, donde se celebraban los santos misterios. Primero trataron de amedrentarle, enseñándole los instrumentos del suplicio, y amenazándole con que le padecería, si no sacrificaba en honor de los dioses. Pero miró con desden el fuego, las calderas hirviendo, y las ruedas y demas objetos aterradores. Sujetáronle en el potro, y muchos verdugos que se relevaban, desgarraron su cuerpo con afilados ganchos, le rociaron las llagas con vinagre y le pusieron fuego. Despues mandó el gobernador que hiciesen saltar los dientes del santo mártir, dándole pedradas en las mandíbulas, y luego le retiraron á la prision. Al pasar por la plaza, el santo enseñaba el estado lastimoso en que se hallaba su cuerpo, como una muestra del poder de Jesucristo y de las fuerzas que concede á sus servidores. Al cabo de cinco dias mandó el gobernador que le atormentasen de nuevo y viéndole invencible, le hizo cortar la cabeza.

En Tarso, capital de la Cilicia, los santos mártires Taraco, Probo y Andrónico, se distinguieron por su confesion generosa, cuyas actas conservamos copiadas de los mismos registros publicados por unos cristianos, á quienes costó gran cantidad de dinero la facultad de transcribirlas. Taraco habia sido militar; mas abandonó el servicio en razon de su religion, probablemente cuando los soldados recibieron órden de adorar á los idoles. Probo tenia mucha hacienda, y se deshizo de ella para socorrer á los pobres y servir á Dios con menos obstáculos. Andrónico era de las principales familias de Efeso. Presentáronlos juntos á Máximo, gobernador de la Cilicia, quien preguntó primero á Taraco para que dijera su nombre. "Soy cristiano," respondió; y como á la segunda pregunta respondiese lo mismo, mandó el gobernador que le diesen fuertes bofetones, y despues dijo al paciente: "Compadécete de tu vejez, obedece á los emperadores, y adora á los dioses que son honrados por nuestros príncipes en toda la tierra." "Tus príncipes están engañados," replicó Taraco. El gobernador insistió en que le maltratasen el rostro, y despues de nuevas instancias para que apostatase, tan inútil como todas las anteriores, le mandó apalea y re-

tirar á la cárcel cargado de cadenas. Emprendieron la misma tarea con Probo para que sacrificase, prometiéndole el favor de los emperadores; pero viendo que nada adelantaban, le hicieron dar cien azotes con un corbacho, y ponerle en un calabozo con maniatas en los pies y en las manos. Mas cruelmente aún fué atormentado Andrónico, y demostró la misma constancia: subiéronle al potro, é instándole á que sacrificase, el valeroso mártir respondió: "Jamás he adorado yo al demonio, y no es mi ánimo hacerlo ahora por primera vez: mas quiero que parezca mi cuerpo que no mi alma." Desgarraron todas las partes de su cuerpo, y le pusieron sal en las llagas; pero en medio de estos tormentos se contentaba con decir: "Haced con mi cuerpo lo que queráis: no temo vuestras amenazas ni tormentos; no esperéis de mí la locura é impiedad de que reniegue de mi Dios verdadero para dar culto á la madera y á las piedras." Otra vez le encerraron en la cárcel con las mismas ligaduras de hierro en los pies y en el cuello.

Algun tiempo despues sufrieron el mismo interrogatorio los santos confesores, no ya en Tarso, sino en Mopsuesta, á donde el gobernador se habia trasladado. Díjole éste á Taraco: "Habreis hecho sérias reflexiones, y sin duda tomado una resolucion prudente." El santo confesor respondió: "Cristiano soy, y deseo que los príncipes y todos los que los imitan, y siguen ciegamente sus pisadas, reciban del Altísimo las luces que conducen á la vida." El juez ordenó que los verdugos le rompiesen los dientes, y luego trayendo lumbre, que le quemasen las manos. Despues le colgaron de los pies, y la cabeza caía sobre una hoguera que arrojaba una espesa humareda: últimamente, le echaron en las narices sal y vinagre; pero nada fué suficiente para alterar su constancia: parecia insensible á todos los padecimientos. Probo tambien fué incitado á la apostasía; pero como se mofaba de los dioses de madera y metal, y recordaba los adulterios é incestos de Júpiter, el gobernador dispuso que le golpeasen la boca con piedras para castigarle de sus blasfemias. Hizo calentar unas barras para quemarle los pies, destrozarle las carnes con garfios, rasurarle la cabeza, ponerle ascuas encima, y le amenazó con que le cortarían la lengua; pero á cada padecimiento y amenaza crecia mas el valor del mártir. Habiendo comparecido Andrónico, se intentó persuadirle que Taraco y Probo habian consentido al fin en sacrificar. "Imitalos, le dijo el gobernador, y los emperadores te colmarán de beneficios." Andrónico respondió: "No me engañarás; me consta que no han incurrido en semejante extravagancia, y sostenido como ellos por la gracia del Señor, no temo mis suplicios: ya verás el valor que Dios infunde á sus servidores." El juez le mandó azotar cruelmente en las espaldas y en el vientre, y el santo le decia: "Puedes descargar duros golpes y renovar mis llagas: el que tan prontamente me curó, puede de nuevo hacerlo."

Aun no habían concluido los dolorosos combates de estos mártires. Sufrieron tercer interrogatorio y nuevos tormentos en la ciudad de Anazarbe. A Taraco le desgarraron el semblante, le partieron los labios y le quemaron el pecho con hierros candentes. Le desollaron la cabeza y se la cubrieron con ascuas. Probo, colgado por los pies, fué quemado por espalda y costados, y cuando todo su cuerpo era una llaga, mandó el juez que le sacasen los ojos. Igualmente hizo quemar á Andrónico por diferentes partes, y que le cortasen la lengua y le arrancaran los dientes. Pero como la constancia de todos se manifestaba inalterable, fueron condenados á ser arrojados á las fieras, y se señaló el combate para el siguiente día. Introducidos en el circo, soltaron varias fieras que los respetaron. Irritado el gobernador, mandó castigar á los encargados de la ejecución, y que soltasen las mas crueles: una osa y una leona furiosa se aplicaron á vista de los santos, y se pusieron á lamerles las llagas. Máximo tuvo que acudir á los gladiadores para que los matasen á estocadas.

En la misma provincia, Santa Julita se distinguió por su valor heroico: habiéndola exhortado en vano el gobernador para que adorase á los ídolos, la mandó azotar cruelmente con un corbacho. Trajeron á su hijo, niño de tres años, llamado Ciro ó Cirico, y le puso el gobernador sobre sus rodillas: viendo el niño que golpeaban á su madre los verdugos, le rechazaba con pies y manos, y procuraba arañarle con sus uñitas, gritando: "Yo tambien soy cristiano." Furioso el gobernador le cogió por los pies y le arrojó hasta las gradas desde su tribunal, quedando desnucado en el suelo: mandó después que desgarrasen las carnes de la madre, y le echaran en los pies pez hirviendo, y no pudiendo disuadirla, la decapitaron.

No fué menos violenta en el Occidente esta persecucion, especialmente en las provincias mandadas por Galerio y Maximiano. En cuanto á las Galias donde reinaba Constancio, tuvieron mucho menos que sufrir, porque éste se mostraba personalmente muy favorable á los cristianos.

Tenia, como los otros emperadores, muchos á su servicio, y fingiendo que deseaba cumplir las instrucciones de Diocleciano, les propuso la eleccion, ó de conservar sus empleos si sacrificaban á los ídolos, ó de tener que perderlos y ser desterrados de su presencia si no se conformaban. Muchos prefirieron su interés á la religion: otros al contrario, conservaron ésta y abandonaron los destinos. Entonces declaró Constancio que consideraba cobardes á los que renegaron, y que no pudiendo prometerse que le amasen á él mas que á su Dios, ni le fuesen mas fieles, los separaba de su servicio para siempre, y conservó en sus puestos á los que tuvieron firmeza para renunciar lo humano en favor de lo divino, juzgando con razon, que no podia escoger mejores servidores, ni mas adictos, ni mas dignos de confianza para la guarda de su persona. Sin embargo, no

pudo impedir que se derribasen las iglesias, ni que algunos gobernadores saciasen sus venganzas á la sombra de la persecucion; y solo cuando obtuvo el título de agosto, pudo asegurar á los cristianos de las Galias su entera tranquilidad.

Hubo en Italia una multitud de mártires, de los que citaremos los mas célebres. Venustiano, gobernador de Toscana, hizo prender á Sabino, obispo de Asis, con los diáconos Marcelo y Exuperancio, y desplegó tal crueldad contra ellos, que los dos diáconos espiraron al rigor de los tormentos. Encerraron á Sabino en un calabozo, despues de haberle cortado las manos: estuvo mucho tiempo en él, y por sus oraciones recobró la vista el hijo de una cristiana que se dedicaba á servirle en la cárcel. Este prodigio convirtió á once presos, que se echaron á los pies del santo, pidiéndole el bautismo. Un mes despues sintió Venustiano una horrible dolencia que amenazaba dejarle privado de la vista: contáronle el milagro de Sabino, y se determinó á llamarle, como lo hizo; pero el santo obispo exigia que el gobernador creyese firmemente en Jesucristo, y le ofrecia el perdon de sus pecados y la curacion de su mal. Venustiano aseguró su fé y el arrepentimiento de sus faltas, y Sabino le instruyó y bautizó, é inmediatamente quedó aquel sano. Informado de esta conversion Maximiano, envió al tribuno Lucio con órden de quitar la vida á Sabino y á Venustiano. A éste le decapitaron con su muger é hijos que tambien se habian convertido: Sabino murió á fuerza de palos.

En las fiestas que se celebraron en Roma á fines del año 303, representando en el teatro Ginés á presencia de Diocleciano, que se hallaba entonces en Italia, quiso poner en ridículo los misterios de la religion cristiana. Inventó para esto una escena en que otros actores, que harian el papel de sacerdote y exorcista, le bautizasen á él con todas las ceremonias acostumbradas: apenas empezaron á hacerle las ordinarias preguntas, cuando sintiéndose repentinamente mudado en su interior por la gracia de Dios, respondió de todas veras que creia en Jesucristo; y en el acto observó que un ángel iba borrando sus pecados en un libro, en que estaban escritos. Cuando le vistieron el traje blanco y le presentaron al emperador para que le preguntase, como solian hacerlo los confesores y mártires; declaró la aparicion que habia tenido al recibir el bautismo, y protestó que ciertamente era cristiano. Irritado Diocleciano mandó que le apaleasen furiosamente, le remitió al prefecto, y éste dispuso que le despedazasen las carnes con garfos de hierro, quemando despues las llagas con hachas encendidas, y últimamente que le cortasen la cabeza.

La Iglesia de Roma recibió nuevo lustre con el martirio de dos vírgenes cristianas, Soteris é Inés. Distinguida la primera por su brillante cuna, era de la misma familia de que descendió San Ambrosio; contaba varios cónsules entre sus abuelos. El prefecto man-

dó azotarle el rostro con violencia, y ella sufrió este ultraje sin soltar un suspiro ni mostrar su dolor. Acabáronla á estocadas. Santa Inés no tenía mas que doce años, y fué martirizada como la anterior, mostrando una firmeza que asombró á los mismos verdugos.

No menos brillante fué el triunfo de San Sebastian. Era un oficial que con su celo habia contribuido á la conversion de muchos paganos, y que durante la persecucion no cesaba de visitar á los confesores para fortalecerlos contra el temor á los suplicios y animarlos al martirio. Fué delatado á Diocleciano, y confesó generosamente el nombre de Jesucristo. El emperador le entregó á unos archeros que de su órden le atravesaron á flechazos, y le dejaron por muerto; pero habiendo acudido una viuda cristiana á enterrarle, le halló todavía con vida, y le llevó á su casa donde sanó completamente. Apenas se restableció, en vez de esconderse como se lo aconsejaban sus amigos, salió al encuentro al emperador para representarle cuán poco justo era satisfacer las preocupaciones y el ódio ciego de los Pontífices idólatras, persiguiendo á los súbditos mas fieles. Sorprendido é irritado Diocleciano, mandó llevarle al circo de palacio, donde le mataron á palos.

El Papa San Marcelino alcanzó tambien la corona del martirio, el 24 de Octubre del año 304: despues de su muerte estuvo vacante mas de tres años, la silla pontificia; y al cabo de este tiempo fué elegido San Marcelo, cuyo pontificado no duró mas que un año y ocho meses. Otro Marcelino, presbítero, y San Pedro, exorcista, fueron decapitados en un bosque por órden del juez, á fin de que los cristianos no tuviesen noticia del sitio de su sepultura. Debemos anotar tambien en Aquileya, el martirio de los santos Cancio y Canciano, hermanos, y de su hermana santa Caucianila, de la ilustre familia Anicia; en Benevento el de San Genaro, y en Milán el de los santos Gervasio y Protasio, cuyo culto se hizo célebre por los milagros que sus reliquias obraron cuando San Ambrosio las descubrió mas adelante.

Tambien en España produjo la persecucion una multitud de víctimas, entre las que se distingue sobre todo en Zaragoza, á Santa Engracia, virgen cristiana, que despues de despedazarle el cuerpo en la tortura y cortarle un pecho, fué encerrada en un calabozo, donde murió de resultas de gangrenársele las heridas; en Gerona á San Félix que espiró en medio de los mas crueles tormentos; en Alcalá de Henares á San Justo y San Pastor, niños que todavía iban á la escuela, y fueron degollados despues de sufrir el tormento de azotes; en Mérida á Santa Olalla, virgen de solos 12 años de edad, que se presentó espontáneamente, y habiéndola despedazado hasta los huesos, no dió la menor señal de dolor: luego le arrimaron teas encendidas, y cuando hubo prendido el fuego á su larga cabellera, la sofocaron las llamas que le entraban por la boca. El célebre Osio, obispo de Córdoba, confesó la fé durante esta persecucion.

Pero no hay martirio mas ilustre que el de San Vicente, diácono de Zaragoza. Era de una familia consular, y aunque jóven, tenia encomendada la instruccion de los fieles en lugar del obispo Valerio que no se explicaba con facilidad. Presos unos y otros fueron cargados de cadenas y conducidos á Valencia, donde estaba el gobernador Daciano. Este los exhortó á que sacrificaran, y Vicente declaró por sí y por el obispo que eran cristianos, y estaban prontos á sufrirlo todo por el nombre de Jesucristo. Daciano envió desterrado al obispo, é hizo padecer á Vicente los mas horribles tormentos. Le estiraron en el potro hasta dislocarle los miembros: le desgarraron el cuerpo con garfios de hierro: le tendieron en unas parrillas erizadas de puntas y puestas sobre la lumbre: le aplicaron sobre el pecho planchas ardiendo; y para hacer mas vivo el dolor, echaron al fuego una sal que saltaba, y su actividad irritaba las llagas del mártir y producía horribles padecimientos. Pero Dios, que le sostenia con su gracia, parecia que le alargaba tambien la vida contra las leyes naturales, para ostentar la omnipotencia de Jesucristo en el valor de su siervo. El santo mártir permanecia inmóvil, y oraba con los ojos clavados en el cielo. En seguida le echaron en un calabozo sobre montones de cascotes de ollas y con los piés estirados en las maniatas.

A poco, una luz celestial iluminó el calabozo, y viendo el carcelero un coro de ángeles que cantaban con el santo las alabanzas de Dios, abrazó inmediatamente la fé. Entre tanto, el juez, irritado de que todos sus esfuerzos fueran impotentes, mandó curar las llagas del mártir, á fin de atormentarle, de nuevo luego que se curase. Colocaron, pues, á Vicente en una cama, donde le visitaron los fieles, y recogieron con lienzos la sangre que corria de sus heridas; mas de allí á poco espiró, y el gobernador ordenó que su cadáver fuese expuesto á las fieras en el campo. No se atrevieron éstas á tocar el cuerpo del santo, y el tirano mandó arrojarle al mar, atándole una piedra enorme para que se fuera á fondo; pero Dios por un milagro hizo que saliera á la orilla, y los cristianos, avisados por una revelación, le hallaron en la arena, donde estaba oculto, y le enterraron en una iglesia.

La persecucion se extendió á toda el Africa, donde causó tales estragos, dice San Optato, que habiendo hecho á unos mártires, á otros confesores y á algunos apóstatas, solo perdonó á los que permanecieron ocultos. En una sola ciudad llamada Abitina, fueron presos cuarenta y nueve mártires en un mismo dia, mientras que celebraban los santos misterios. Atormentáronlos largo tiempo en el potro, y despues los encerraron en una estrecha prision, donde algunos perecieron de hambre. Los otros fueron condenados á muerte. Los mas ilustres de estos mártires son, el presbítero Saturnino con sus cuatro hijos, y el senador Dativo. Entre ellos habia diez y siete mugeres, que mostraron un valor héroeico. A San



Félix, obispo de Tubisa, le cortaron la cabeza por no haber querido entregar á los perseguidores las Santas Escrituras, que buscaban para quemarlas; pero hubo otros obispos tan cobardes, que las entregaron, con los vasos de la Iglesia. Se cita en particular á Pablo, obispo de Cirto en Numidia, que puso en manos de los magistrados dos cálices de oro, seis de plata, siete lámparas del mismo metal, y otros muchos objetos preciosos que servían para las reuniones de los fieles; lo que manifiesta cuál era ya entonces la riqueza de las Iglesias. Mensurio, obispo de Cartago, encerró en un lugar seguro las Santas Escrituras, y puso en la iglesia libros heréticos, que los paganos quemaron sin mas averiguaciones. Algunos años mas adelante dió una prueba de su valerosa firmeza, resistiéndose á entregar un diácono, á quien se acusaba de haber escrito contra el emperador Maxencio, y que se habia ocultado en la casa del obispo. Este tuvo con tal motivo que comparecer personalmente en el tribunal del emperador; pero abogó tan bien por su causa, que fué puesto en libertad.

No acabaríamos si hubiéramos de referir por menor la historia de todos los mártires que padecieron en las demas provincias; y por otra parte, no haríamos mas que copiar siempre el cuadro de las mismas crueldades sufridas con el mismo constante denuedo. Nos limitaremos, pues, á indicar algunos otros de los mas celebres. San Ireneo, obispo de Sirnio en la Pannonia, fué preso de orden del gobernador Probo, que en vano empleó las amenazas y los tormentos para forzarle á cometer actos de idolatría. Su padre, su madre, sus hijos y sus amigos, deshaciéndose en lágrimas mientras que le atormentaban, le pedían con las mas vivas instancias que obedeciese las órdenes del emperador; pero se mantuvo inflexible, y al fin le cortaron la cabeza. San Poleon, lector de la Iglesia de Cibala en la misma provincia, fué condenado á la hoguera despues de haber ensalzado admirablemente la excelencia de la religion cristiana en su declaracion. Tambien fué quemada viva Santa Afra, en Augsburgo, en la Recia. Antes de abrazar la fé habia vivido en la prostitucion; y como el juez para obligarla á sacrificar le dijese que una muger pública no podia llamarse cristiana, respondió con tanto valor como humildad. "Es verdad que no merezco el nombre de cristiana; pero la misericordia de Dios, que no mira á los méritos, ha tenido por bien de admitirme en calidad de tal, y veo que no me ha desechado, supuesto que me da fuerza para confesar su nombre. Jesucristo en la cruz prometió el perdón al ladron que le confesaba: tambien yo espero alcanzar el perdon de mis crímenes. Tú puedes atormentar el cuerpo con que he pecado; pero yo no mancharé mi alma sacrificando á los demonios." Luego que espiró, acudió á enterrarla su madre Hilaria, y fué condenada en seguida al mismo suplicio.

San Felipe, obispo de Heraclea en la Tracia, fué preso con el

presbítero Severo y el diácono Hermes, por los magistrados que buscaban las Santas Escrituras, y que le atormentaron largo tiempo para que las entregase. Como el obispo se resistiera, mandó el gobernador llevarle á la cárcel, y en el camino no cesó el populacho, sin ningun miramiento á su vejez, de ultrajarle y de empujarle para que cayera. Mas de siete meses estuvo encerrado en un calabozo: al cabo de este tiempo, el gobernador hizo conducirle á Andrinópolis, donde quiso obligarle á sacrificar, y le mandó azotar con varas hasta que se le vieron las entrañas. En seguida le condenó á ser quemado vivo con sus compañeros de padecimientos y de cárcel, el presbítero y el diácono. Al mismo suplicio fueron sentenciadas en la ciudad de Tesalónica, tres mugeres cristianas, Santa Agape, Santa Quonia y Santa Irene, por haber guardado ejemplares de la Escritura, y resistiéndose á tomar parte en los sacrificios á los dioses: habian estado mucho tiempo ocultas en las montañas, sufriendo con paciencia todas las privaciones y todas las miserias. El juez cometió la infamia de mandar exponer á Irene enteramente desnuda en un lugar de prostitucion por espacio de algunos dias; pero Dios la cubrió con su proteccion, y no consintió que fuese el objeto de ningun atentado criminal.

Estos fueron los mártires mas ilustres que padecieron por el nombre de Jesucristo, durante los dos primeros años de la persecucion. Esta cesó desde luego, ó á lo menos se mitigó mucho en las provincias del Occidente, de resultas de las variaciones políticas que ocurrieron en el imperio, y que proporcionaron á Constancio un poder independiente con el título de augusto (1); pero continuó algunos años todavía en el Oriente, donde causó una multitud de víctimas.

Hacia mucho tiempo que Galerio no podia sufrir el estar en una categoria subalterna. Aprovechóse de una larga enfermedad que habia debilitado el ánimo de Diocleciano para obligarle á abdicar: le hizo presente que en su edad y enfermedades necesitaba ya descansar despues de tantas fatigas; y como no bastaron los medios de persuasion, recurrió á las amenazas, que dieron mejor resultado. Para el mismo objeto habia tenido ya una conferencia con Maximiano, que cedió igualmente por temor de una guerra, para la cual habia cuidado Galerio de preparar un ejército numeroso. Resolvióse, pues, que Diocleciano y Maximiano renunciaran el imperio: que Constancio y Galerio tomarian el título de augusto; y que se crearían dos nuevos Césares. Diocleciano habia propuesto á Cons-

(1) Eusebio cuenta las Galias, la España y el África, entre las provincias que comenzaron entonces á disfrutar de la paz (*Demart. Palest., c. XIII*). Esto es cierto en cuanto á las dos primeras, que dependían inmediatamente de Constancio; pero en cuanto á las otras dos, si los cristianos dejaron de ser atormentados con suplicios, trascurrió todavía mucho tiempo antes que gozasen de plena libertad.

tantino, hijo de Constancio, y á Maxencio, hijo de Maximiano; pero Galerio desechó al primero por sus brillantes calidades, que le hacian amar y estimar de todo el mundo, y al segundo por su arrogancia y orgullo insoportables: él queria unos Césares enteramente sometidos á todos sus caprichos, y escogió á Severo y Maximiano. Este, que era sobrino de Galerio, habia salido hacia poco de las montañas de la Iliria, donde en su juventud habia sido pastor. Despues de pasar muy corto tiempo en los grados inferiores de la milicia, llegó al de tribuno, y no poseia ni la ciencia de la guerra, ni la de la administracion. Severo era igualmente natural de la Iliria, de bejo nacimiento y sin mérito ninguno: no pensaba mas que en bailar, en beber y entregarse á la disolucion. Asi, Galerio esperaba ser el único soberano del imperio, porque temia poco á Constancio, amenzado, al parecer, de una muerte próxima, y que en todo caso no podria luchar contra tres. Diocleciano abdicó el 1.º de Mayo del año 305. En la reparticion del imperio, Galerio dió el Oriente á Maximino, el Africa y la Italia á Severo, y él se reservó el gobierno inmediato de la Iliria y de la Grecia. A Constancio tocaron la Gran Bretaña, las Galias y la España, provincias que hizo felices con la sabiduría y la dulzura de su gobierno; pero apenas disfrutó un año de su nueva dignidad.

Constantino, su hijo, servia entonces en el ejército de Galerio, que buscaba todos los medios de hacerle perecer: excitábale á combatir con las fieras por via de diversion, y le exponia diariamente á nuevos peligros. Siempre encontraba algun pretexto para no enviarle donde estaba Constancio, que no cesaba de reclamarle. Al fin Constantino logró escaparse y llegó con felicidad al lado de su padre, á quien encontró casi agonizando en York, en la Gran Bretaña. Constancio le recomendó á los soldados, y murió de allí á poco, el 25 de Julio del año 306. Inmediatamente el ejército proclamó emperador á Constantino, á la edad de treinta y un años. Uno de los primeros actos de su autoridad, fué confirmar las órdenes de su padre á favor de los cristianos, y otorgarles el libre ejercicio de su religion. Envió, segun costumbre, sus bustos á Roma para que fuese reconocida su eleccion: tambien creyó que debia enviarlos á Galerio, como para pedirle la confirmacion de su título. Galerio deliberó algun tiempo si consentiria en reconocerle; pero al cabo se resolvió á pesar suyo, por no excitar con la negativa el disgusto de sus propios soldados, aunque limitándose á declararle César, y dió el título de agosto á Severo.

Entre tanto la tirania de Galerio se habia hecho insoportable: arminaba á las provincias con exacciones é impuestos exorbitantes: no respetaba ningun derecho, y sacrificaba á sus menores caprichos la libertad ó la vida de los ciudadanos mas ilustres. Obligó á cada particular á declarar con toda exactitud cuáles eran sus bienes, y mandó crucificar ó quemar á fuego lento á los que sospechó ha-

bian querido engañar á los oficiales del fisco, ordenando fuesen arrojados al mar todos los pobres que no podian pagar el impuesto. En fin, una de sus bárbaras diversiones, consistia en ver cómo los osos devoraban á los hombres mientras él estaba comiendo. No tardó en manifestarse un descontento general, y Maxencio se aprovechó de él para proclamarse emperador en el mes de Octubre del año 306 (1). Galerio envió inmediatamente contra él á Severo, con un ejército numeroso, compuesto en parte de las tropas que habian servido á las órdenes de Maximiano Hércules. Entonces recurrió Maxencio á su padre, y le invitó á recobrar la corona, esperando que así engañaria al ejército de Severo. En efecto, á éste le abandonaron sus tropas, y fué á entregarse él mismo á Maximiano, que le quitó la vida á principios del año 307.

Sin embargo, Maximiano conoció la necesidad de buscar un apoyo para resistir á Galerio, y exhortó á Diocleciano á recobrar el imperio; pero no le pudo determinar. Entonces entró en negociaciones con Constantino, y para atraerle le dió el título de agosto y su hija Fausta por esposa. Galerio por su parte, despues de una vana tentativa para reconquistar á Maxencio la Italia, declaró agosto á Licinio, en lugar de Severo; el año 307; y no pudiendo tolerar el César Maximiano verse inferior á Licinio, no tardó en hacer que su ejército le proclamara agosto; de modo que hubo seis emperadores á un tiempo, todos igualmente reconocidos, aparte de Alejandro que habia vestido la púrpura en Africa. Pero en este mismo año perdió Maximiano su poder, no conservando mas que un título vano que se vió muy pronto obligado á renunciar. Habiendo intentado sublevar á los soldados contra su hijo Maxencio, y despojarle públicamente de la púrpura, las murmuraciones que esta intencion excitó, le precisaron á huir y retirarse con Galerio; mas no tardó en indisponerse con él. Entonces buscó un refugio al lado de Constantino, y mientras que éste se ocupaba en pelear con los francos, Maximiano sedujo parte de las tropas que quedaban en las Galias, y por tercera vez se ciñó la diadema imperial. Perseguió Constantino, se apoderó de su persona, y á pesar de su traicion le dejó la vida. Pero el viejo ambicioso y pérfido aprovechó esta gracia para procurar asesinar á Constantino, introduciéndose de noche en su alcoba. Cogieronle todavía con el puñal con que acababa de herir á un criado acostado en la cama de Constantino por disposicion de Fausta, que supo el desigño de su padre. Y a no

(1) Eusebio dice que Maxencio, para mostrarse mas humano que los otros príncipes, ordenó, apenas elevado á la dignidad imperial, que cesara la persecucion contra los cristianos; lo que prueba que todavía se ejercia en Italia. Esta orden no aprovechó á los cristianos de Africa, porque allí no se quiso reconocer la autoridad de Maxencio. A poco tiempo fué proclamado emperador el prefecto del pretorio Alejandro, que se mantuvo unos cuatro años en aquella provincia.

juzgó oportuno el emperador perdonarle la vida, y solo le dió á elegir el género de muerte. Maximiano se ahorcó. Tal fué el fin vergonzoso de este principe perseguidor: jamas hubo suplicio mejor merecido, como observa el historiador Eutropio. Murió Maximiano el año 310.

Al mismo tiempo que el cristianismo se veia expuesto á la crueldad de los tiranos que le perseguian con tormentos y suplicios, tenia que defenderse tambien de las declamaciones, sofismas y calumnias de los filósofos. Debe contarse igualmente entre las causas de la persecucion, el rencor fanático de la escuela neoplatónica, cuyo carácter y opiniones hemos dado á conocer anteriormente. Dos filósofos de dicha escuela tuvieron la infame vileza de elegir el instante en que se derribaba la Iglesia de Nicomedia, para publicar escritos contra los cristianos, con el fin de excitar mas el encarnizamiento de los perseguidores. Uno de estos filósofos es desconocido; pero se sabe por Lactancio, que escribió tres libros contra la religion cristiana, y que invocaba con bastante claridad el auxilio de los verdugos para robueteceer sus argumentos, porque se complacia en elogiar con toda prolijidad á los principes, y ensalzaba su piedad, su sabiduría y mas que todo el celo que ostentaban en defensa de la religion, reprimiendo una secta impia y supersticiosa. El otro era Hierocles, presidente entonces de Bitinia, y mas adelante gobernador del Egipto. Fué llamado á los consejos que Diocleciano celebró antes de publicar sus edictos, y no dejó de declararse enérgicamente á favor de la persecucion. Inmediatamente dió á luz una obra con el título de *Filaletes*, ó el amigo de la verdad, en la que repelia todas las objeciones de Celso y de los otros sofistas contra el cristianismo. Esforzábase en demostrar las contradicciones de los libros santos; y ensalzaba en tono enfático los supuestos milagros de Apolonio de Tiana, para contraponerlos á los de Jesucristo. Eusebio escribió entonces un tratado especial para refutar esta última parte de la obra de Hierocles, reservándose impugnar todas las demas objeciones en su *Demostracion evangélica*. Las impugnaciones de estos dos filósofos, determinaron tambien á Lactancio á escribir sus *Instituciones divinas* en defensa del cristianismo; pero esta obra no se acabó hasta mucho tiempo despues.

Por entonces tuvo la religion cristiana un elocuente apologista en Arnobio, maestro de Lactancio. Era natural de Sicca, ciudad del Africa proconsular, donde enseñaba mucho tiempo habia la retórica con gran aplauso, cuando inspirado por nuevas visiones sobrenaturales, se decidió á renunciar á la supersticion de los paganos, para abrazar la verdad que Jesucristo le daba á conocer. Pero como habia declamado muchas veces contra el cristianismo en sus lecciones, el obispo de Sicca, dudando de su conversion, no quiso conferirle el bautismo sin que diera antes testimonios públicos de su fé. A fin de quitar este obstáculo, escribió sus siete libros con-

tra los gentiles, publicados segun la opinion mas probable, al principio de la persecucion de Diocleciano. En el primer libro refuta las acusaciones de los paganos, que no cesaban de imputar á los cristianos la causa de todas las calamidades públicas, y en seguida prueba la divinidad de Jesucristo por sus milagros, cuya certeza afirma, haciendo resaltar todos los caracteres de veracidad que presenta el testimonio de los apóstoles. En el segundo, despues de manifestar la necesidad de la fé, prueba tambien la verdad del cristianismo con los milagros y la santidad de Jesucristo, con la excelencia de su doctrina, con la constancia de los mártires y con los progresos del Evangelio, que se ha propagado por todo el universo á pesar de la violencia de las persecuciones; y para impugnar las preocupaciones de los paganos que oponian la antigüedad de su culto á la novedad del cristianismo, hace ver que sus dioses eran desconocidos antes de la época en que la mitología fija su nacimiento, al paso que la creencia de un solo Dios y la fé en el Redentor, suben al principio del mundo; y añade que si Jesucristo por razones que son un arcano de la Providencia, no vino sino en la sucesion de los tiempos, los efectos de la redencion prometida se han extendido á todos los siglos. En los tres libros siguientes, se dedica Arnobio á notar lo absurdo, extravagante é infame del paganismo. En fin, en el sexto y sétimo, responde á algunas objeciones de los paganos, particularmente al cargo que hacian á los cristianos de no tener templos ni idolos, porque no reputaban como templos las iglesias, donde no se veian estatuas de los dioses, ni altares para degollar victimas. Muestra cuán ridiculo es figurarse que unas estatuas de piedra encierren dioses, ó que sea necesario inmolares animales, como para mitigar su hambre con sacrificios. Finalmente demuestra la falsedad de ciertas historias inventadas por los paganos para autorizar su idolatria. Los racionios de Arnobio contra el paganismo están llenos de fuerza y vigor: su estilo, aunque duro, confuso y á menudo enfático, brilla á veces por su energía; pero se notan en su obra algunas inexactitudes sobre varios puntos de la doctrina cristiana; cosa que no tiene nada de sorprendente, ni altera la pureza de su fé, porque cuando escribió, solo estaba instruido imperfectamente en la religion. Se ignoran las demas circunstancias de su vida.

En el año 305, probablemente cuando se dió la paz á la Iglesia de Occidente, se celebró el famoso concilio de Elvira ó Ilibers en España, el mas antiguo de que nos quedan cánones disciplinares. Asistieron diez y nueve obispos, entre otros el famoso Osio de Córdoba, con veintiseis presbiteros que tomaron asiento con los prelados. Los diáconos permanecieron de pie, como era uso en todas las asambleas de la Iglesia. Hicieronse varios reglamentos en este concilio sobre la penitencia pública, sobre el bautismo, sobre las órdenes y otros puntos de disciplina. El primer cánon manda que

se niegue la comunión, aun en el artículo de la muerte, á los cristianos que despues de recibido el bautismo se han hecho culpables de idolatría, sacrificando. La misma pena se decreta contra los que hayan quitado la vida á alguno por maleficio, contra los cristianos que hubiesen casado á sus hijas con Pontífices idólatras, contra los que hayan caído en el adulterio despues de cumplida su penitencia, contra las vírgenes que hayan violado su voto y vivido en el libertinaje; pero si solo hubiesen delinquido una vez por fragilidad ó seducción, permite el concilio se les conceda la comunión en el instante de la muerte. Debemos advertir que la comunión de que se trata en estos cánones, ha de entenderse de la Eucaristía y de la reconciliación que terminaba la penitencia pública. No se ve por qué razon han querido algunos autores descubrir aquí la negación de la absolución sacramental, que segun hemos demostrado anteriormente, era muy distinta de la reconciliación solemne que el pecador sujeto á la penitencia pública recibia por la imposición de las manos antes de entrar á participar de la Eucaristía.

El concilio prohibe á los obispos, á los presbíteros y á los diáconos, que salgan de su provincia á traficar; pero no extiende mas allá la prohibición, porque no poseyendo aún las Iglesias rentas fijas, podian necesitar alguna vez los ministros pobres buscar medios de subsistencia en el trabajo ó en la negociación. Por el cánón 33 se manda á los obispos, á los presbíteros, á los diáconos y á los otros ministros, que se abstengan de sus mugeres so pena de destitución. También se les prohibe tener en su compañía ninguna persona del otro sexo, como no sea su hermana ó su hija. No era cosa rara en los primeros siglos ordeñar y aun conferir el episcopado á cristianos casados, cuyas mugeres vivian aún; pero estaban obligados despues de recibidas las órdenes á guardar continencia. Esta disciplina, segun el testimonio de San Eusebio, era tan antigua como el cristianismo, y San Gerónimo dice que las Iglesias de Oriente y de Egipto estaban conformes con las de Occidente para no admitir á órdenes mas que á los que no estaban casados ó se abstendian de sus mugeres.

San Epifanio atestigua lo mismo, añadiendo que si en algunos parages sucedia otra cosa, era un abuso introducido por relajación y contra la regla (1). El concilio de Elvira no hizo, pues, mas que reproducir la ley comun sobre la obligación de la continencia. También se prohibió conferir las órdenes en una provincia á los que hubiesen sido bautizados en otra, porque podian ser engañados los obispos en cuanto á las costumbres de los aspirantes.

En otros cánones se determina el tiempo de la penitencia por diferentes crímenes. Se resolvió que no pudiera ninguno ser admi-

(1) Eusebio, *Demonst. ev.*, lib. I, cap. IX.—Gerón. *Adv. vig.* cap. I.—*Epil. Her.* 59.

tido de nuevo en la comunión sin el consentimiento del obispo que le hubiese excomulgado. Se prohibió á los fieles comer con los judíos y casar á sus hijas con éstos, con los paganos ó con los hereges. Se decretó que no se diese el bautismo á los catecúmenos hasta pasados dos años, excepto en el caso de enfermedad. Entre las demas disposiciones de este concilio, se nota la prohibición de encender cirios de día en los cementerios para no turbar los espíritus de los santos; lo que sin duda tiene relacion con algunas supersticiones practicadas segun las ideas de ciertos hereges, con el objeto de evocar las almas de los muertos, aunque creen varios autores que solo se queria evitar que la excesiva profusión de luces distrajesen la atención de los fieles ó de los clérigos que oraban en los cementerios. Finalmente, se nota otra prohibición cuya explicación puede parecer difícil al pronto. No se deben poner pinturas en las iglesias, dice el concilio, no sea que se represente en las paredes lo que es objeto del culto y de la adoración. Pero el motivo de esta prohibición era el temor muy natural de una profanación por parte de los paganos, que pudiendo penetrar á cada momento en las iglesias en tiempos de persecución, no hubieran dejado de cometer indignos excesos con las santas imágenes, y tal vez las hubieran desfigurado y remedado ridiculamente para hacer irrisión de los misterios del cristianismo. Esto es lo que nos ha parecido mas importante de señalar en los reglamentos del concilio de Elvira.

Otro se celebró el mismo año de 305 en Cirta, metrópoli de la Numidia, con asistencia de once ó doce obispos de la provincia, para elegir el sucesor del obispo Pablo que acababa de fallecer. Se ignora lo que deliberó este concilio; y solo se ve por un extracto que de él nos queda, que se intentó examinar la causa de los *traditores*, esto es, de los que en tiempo de la persecución habian entregado á los gentiles los libros santos; y como habia algunos culpables de este delito entre los obispos presentes, el temor de ocasionar un cisma, hizo que se desistiera de tal proyecto y se usara benignidad con los caídos.

Hacia esta misma época, ó unos cuantos años antes, se coloca un concilio celebrado en la ciudad de Alejandría contra Melecio, obispo de Licópolis en la Tebaida, que convencido de varios crímenes, y en particular de haber sacrificado á los ídolos, fué depuesto en dicho concilio por San Pedro, obispo de Alejandría. Melecio no se sometió á la sentencia ni se tomó la molestia de justificarse; antes viéndose apoyado por algunos secesnes, se hizo jefe de partido, se declaró independiente del obispo de Alejandría, y causó un cisma que turbó por mucho tiempo las Iglesias de Egipto. Para entibrar la ignominia de su destitución, supuso que no habia habido derecho de juzgarle, y comenzó á desacreditar calumniosamente á San Pedro, acusándole de que recibia con demasiada facilidad á los apóstatas, y diciendo que se habia separado de él por no tomar par-